Sobre mi rutina diaria

Isabel C

Image not found.

Capítulo 1

Me despierto a las 7:00 a.m., no sin antes volcar mi ira hacia el despertador, ese pobre aparato que solo es culpable es de realizar de manera exacta el trabajo para el que ha sido programado, sonar a la hora indicada.

Me levanto de la cama, cuidando de hacerlo con el pie derecho, por si las dudas. No es que tenga algo en contra de ese lado de mi cuerpo, o que sea supersticioso, simplemente me desagrada el significado negativo de decir: "hoy me levanté con el pie izquierdo", entonces evito hacerlo para no tener que decirlo. Nunca se sabe cuándo me van a preguntar sobre eso, ya me han hecho preguntas más extrañas.

Una vez que mis dos pies se encuentran sobre el suelo, camino cinco pasos hacia adelante, hacia el espejo cuadrado. Es cuadrado, ya lo medí, tiene 30 cm por lado. Observo mi reflejo para descubrir nuevos cambios en mi. Una pequeña arruga, un nuevo lunar en el cuello, una cicatriz, un cabello blanco antes inexistente, lo que sea, cualquier indicio de cambio, de que yo no soy el mismo de ayer. Es sorprendente. Siempre encuentro algo. Hoy tengo la certeza de que cada día soy una persona diferente. Es un poco desconcertante, pero entretenido a la vez, el tratar de adivinar la persona que voy a ser mañana. Este se ha convertido en uno de mis pasatiempos favoritos.

Recuerdo una vez que, al despertarme me sentí un payaso, y no estoy hablando en metáfora, literalmente me sentía un payaso, con la cara blanca, nariz roja y zapatos gigantes. Claro que, al estar frente al espejo, sufrí la decepción de no serlo. De todos modos, durante ese día, la sensación de ser un payaso permaneció. Le contaba chistes a quien estuviera dispuesto a escucharlos, hasta experimenté un poco con la globoflexia. Siempre cargo con una bolsa de globos en mi vehículo, por si se ofrecen. Desafortunadamente el único animal que logré formar fue una serpiente. Ese día me divertí, aunque hubiera sido mejor con el maquillaje blanco, la nariz roja y los zapatos gigantes. Debería de comprarlos, por si se ofrecen.

Por el contrario, otros días me siento la persona más normal sobre el planeta tierra, cuando esto ocurre me comporto taciturno y callado. Todos parecen tener una vida mejor y más feliz que la mía.

En fin… después de terminar este examen diario, frente al espejo, me encierro en el baño que está a diez pasos a la derecha. Siempre reviso dos veces el haber cerrado correctamente la puerta. No es que sea necesario hacerlo, vivo solo, pero me siento más seguro así. Permanezco en el baño

por unos 15 a 20 minutos.

Lo siguiente es vestirme. Regreso sobre mis pasos, diez a la derecha hasta el espejo, cinco hacia adelante a la cama, y le agrego ocho hacia la izquierda para llegar al armario. Abro sus puertas y observo la ropa durante 10 minutos. No sé porqué lo hago, la verdad es que todos los días uso lo mismo, mi uniforme de trabajo, creo que es por la sensación de libertad de imaginar que puedo elegir algo diferente. Estoy comenzando a pensar que debería tirar, regalar o vender toda mi ropa, total que ni la uso.

Nunca salgo de mi casa sin desayunar. Ya vestido, vuelvo los ocho pasos a mi cama y camino otros veinte para llegar a la cocina, frente al refrigerador. Desayuno cualquier cosa que encuentre en él. Para ahorrarme los doce pasos del refrigerador a la mesa, engullo el desayuno ahí mismo. Como todos los platos que utilizo son desechables, de esos que dicen ser biodegradables, los tiro en el bote de basura que puse a un lado, así me evito caminar hacia el lavabo.

Doy los catorce pasos hacia la derecha para llegar a la puerta, y los quince hacia adelante para subirme al carro. En el trabajo no hay espacio para la creatividad, ni para los pasos. Hago lo que se me dice y ya, nunca más, pero algunas veces, si menos. Las 8 horas que estoy en la oficina me siento como un robot que, como mi despertador, solo hace la tarea para la que otros lo programan. Muchas veces ni siquiera recuerdo lo que hice en ese lapso.

Regreso a mi casa a las 8:00 p.m., después de pasar por el *drive thru* de algún restaurante para la cena y de ir a la tienda en la que compro cualquier cosa que me haga falta. Estaciono el auto en el mismo lugar. Quince pasos del carro a la puerta, catorce de la puerta al refrigerador, veinte del refrigerador a la cama, ocho de la cama al armario, otros ocho del armario a la cama, cinco de la cama al espejo, diez del espejo al baño, de nuevo diez del baño al espejo y cinco del espejo a la cama.

Una vez en la cama, me acuesto y evalúo mi día. Hoy, contando los de la oficina, fueron un total de doscientos cincuenta pasos, cincuenta menos de los trescientos que tengo permitido. Nada mal, me he vuelto muy bueno es esto de ahorrar pasos, tal vez algún día reciba un premio por ello.

Antes de caer en el estupor y la inevitable inconsciencia del sueño, intento imaginar el día de mañana ¿Qué va a ser diferente? ¿Quién voy a ser? Con esas preguntas rondándome en la cabeza me duermo, claro que no sin antes volver a programar mi despertador para las 7:00 a.m. Realmente me gustaría despertarme mañana y ser un payaso.